

# El nombre de Dios- Mario Carvajal de la Fuente

Mario Carvajal de la Fuente

Image not found.

# Capítulo 1

## 1

### LA APUESTA DE PASCAL

Sentado, en medio de la multitud de personas vestidas de negro. Warren observa desde su banca como la luz del ocaso se filtra a través de los ventanales de la iglesia. El Padre habla y la gente lo escucha. Sus palabras se difuminan al pasar por las orejas del chico de la mirada perdida, que piensa en la tía Rosa Isela. De la cual no siente su pérdida, no siente nada; como en otras ocasiones pasadas. No es que fuese un hombre de corazón frío, simplemente no había lagrimas que derramar. Los recuerdos y memorias sobre la tía eran escasos. Ella siempre fue la primera en felicitarlo en los cumpleaños. De niño, Rosa le decía por teléfono con su voz alta y clara que poseía, que su regalo iba en camino. Warren imaginaba una gran caja decorada con alas volando por una carretera desierta bajo el Sol. Los regalos nunca llegaban, claro. Pero siempre le causo gracia. Años después, cuando se convertía en hombre, la tía le decía que todo estaría bien, y que si teníamos fe, Dios nos ayudaría y nos protegería con su infinita sabiduría. Era una fiel creyente, era terca, dura, y a la vez amorosa. Le agradaba. Sonrió y miro con nostalgia un Cristo cargando una cruz. No habría más llamadas de cumpleaños. Aun no sentía el vacío, puedes intentar, pero no puedes engañar al corazón. Warren no es lo que se dice un hombre de lágrimas.

-¡Oh, señor! Ábrele las puertas de tu casa y dale un abrazo de bienvenida.

El sacerdote dio espacio entre oraciones. Los familiares junto al chico chillaron. La anciana de al lado, hermana de la difunta, le apretó la mano con una fuerza descomunal para alguien en los setenta y tantos. Warren se estremeció en su lugar y apretó los labios.

-Todo estará bien, tía- dijo mientras le daba un par de palmadas en el hombro con la mano libre.

-Sí, lo estará. Que se haga la voluntad del señor.

Acomodo su espalda en el respaldo, puso su atención al frente y dio un gran respiro. El Padre había vuelto a su sermón. Pensó que la voluntad del señor seria tenerlo ahí por una eternidad.

-Me da gusto que estés aquí, Warren.

El obispo ordenó a todos hincarse a rezar. La tía toco la pierna de Warren.

-¿Me ayudarías a ponerme de rodillas?

-Claro.

Se levantaron los dos, el chico le ofreció ambas manos y la sostuvo mientras la otra se ponía en cuclillas sobre el colchón de las bancas. La tía cerró los ojos, unió sus manos y olvido el mundo a su alrededor, parecía que en cualquier momento levitaría. Warren la contemplo unos segundos e hizo lo mismo. Cerró los ojos, inútil. No pudo siquiera hacer una oración por la tía Rosa. Aunque claro, tal vez se debiere a su escepticismo en lo que se refiere a Dios y derivados. Abrió los ojos y observo a la gente. Rezaban por la tía, para su buen recibimiento en el cielo, y también para que no fueran los próximos en visitarla.

La eternidad termino media hora después. Había dos salidas, y para salir por cualquiera de ellas, tenías que caminar por el gran pasillo que se formaba por el espacio en medio de las bancas. Las personas se levantaron poco a poco de sus asientos y salieron al mismo tiempo. Se formó un tumulto tremendo de gente en el pasillo. Un nudo de gente anciana y húmeda por las lágrimas. Los que chocaban se veían entre si y se saludaban, se impresionaron por el tiempo que dejaron de verse y recordaron anécdotas, no sin antes mencionar lo mucho que se extrañaban. Warren se escurría a través de todos ellos. Pasando por sus espaldas, evitando cruzar miradas, evitando roces, evitando al tío borracho reformado, a la tía cincuentona con más toxina botulínica que cara, a la prima perfecta, al primo prodigio. Se abría paso como podía. La gran salida estaba a escasos metros, casi lo lograba. Un escurrido más y no vería a nadie hasta navidad o hasta el próximo funeral. Tres metros. Dos metros. Una mano llena de sudor aterrizo en su hombro, deteniéndolo. Se giró. Es el tío Hill, apodo ganado por su enorme tamaño. Lo agarro por los hombros y lo llevo a su pecho, apresándolo. Warren busco oxígeno por un costado del grueso cuello, la espesa barba del otro le raspaba el cachete.

-¡Warren, que gusto verte!

La bestia lo apretó con más fuerza.

-Igualmente- dijo Warren, articulando.

El tío escupió una ruidosa carcajada mientras lo constreñía. Lo soltó por fin después de unos segundos que parecieron horas y le estrecho la mano con la fuerza de un oso.

-¿Cuánto tiempo ha pasado, hijo? Veo que eres ya todo un hombre

funcional- dijo Hill.

-Unos tres o cuatro años. Desde la navidad que mi padre se estrelló con el cristal de la casa.

-Cierto, cierto. Que día. Destrozo el ventanal del jardín y tuvimos que correr al hospital para detener el sangrado de su calva, idieciséis puntos! Lo recuerdo lloriqueando en el asiento trasero de mi camioneta cubierto de toallas manchadas y gritando: ¡Primero mi cabello, ahora mi cabeza! ¡Mi vida es un chiste!- los ojos de Hill se pusieron grandes como platos y se quedó mirando al infinito, parecía que brillaban-. Hermosa noche. Que tiempos, que tiempos.

Bueno o malo el pasado, siempre se mira con melancólica.

Hill le paso un brazo por los hombros al chico y lo llevo a las profundidades de la iglesia. Dos metros. Tres metros.

-¿Ya saludaste a la familia? Están todos allí. Andan ansiosos por ti, se alegraran de verte.

Hill saludaba y abrazaba a todos con los que se cruzaba. Daba el pésame, dos palmadas en la espalda y seguía el camino. Llevo a Warren casi hasta al altar, donde a unos metros, un circulo de personas (hombres y mujeres) platicaban entre sí con el menor movimiento que podían hacer. El ambiente se tornó sombrío. Tenías que cuidarte de sonreír mucho, si lo hacías, podrías perturbar a alguien con tu alegría. Así que adoptabas un perfil cabizbajo. La tristeza se contagiaba. Tío Hill se acercó a ellos.

-¡Familia!

La mayoría de los integrantes del círculo voltearon. Una señora lloraba desconsolada, tenía un brazo amarrado al de un joven y con el otro limpiaba con un elegante pañuelo bordado las lágrimas que recorrían sus arrugas. Miro al gigante que se aproximaba.

-¡Oh, Ernesto!- dijo la anciana.

Ernesto se acercó a ella rodeándola con sus brazos. Nadie era inmune a sus abrazos.

-Ya, Carmencita. No se agüite. En este momento la querida Rosa Isela está recibiendo el cálido amor del señor.

Iba a decir más, pero Carmen lo interrumpió. Se separó de él y lo toco por debajo de su pecho con ambas manos, no alcanzaba sus hombros.

-Gracias, Ernesto- estiro todo el brazo para acariciarle la mejilla-. Que hermosas palabras. Todo lo que haces es hermoso. Siempre atento con todos, Dios te bendiga. Te amo mucho, muchacho.

La aparto un poco y señalo en dirección de Warren, que contemplaba a la distancia.

-¿Ya viste quien está aquí, Carmencita? Ven aquí muchacho. Acércate, No van a morderte.

Se acercó a la tía y le dio un beso en la mejilla. Esta lo sujeto y lo acerco a ella.

-¡Tía!- dijo con media sonrisa-. ¿Cómo está?

-Oh, Warren. Cuanto tiempo sin verte. Te he extrañado muchísimo. ¿Por qué nos haces esto? Todos te queremos y nunca sabemos de ti. Prométeme que nos visitarás más seguido.

-Lo prometo.

Fue de esas promesas que ambas partes saben que no se cumplirá, pero en el momento parece que nunca se va a romper. El chico aparto a la anciana y esta le beso el cachete. La sensación de los labios en su rostro y ese olor característico de los viejos no se le quitarían en bastante tiempo. Se quitó la baba simulando que se rascaba la nariz. Saludo a los demás. Estaban dos primos pocos años mayores a él, uno con una simple camisa negra y pantalones de mezclilla casi negros. El otro, que era de quien se agarraba Carmen; llevaba un elegante traje con corbata, unos zapatos relucientes como su bien cortado y engominado cabello. Se abrazaron y este estrecho la mano de Warren con actitud y una sonrisa forzada. Era una sonrisa que entrañaba mentiras, la sonrisa de un político. Después de saludar a los primos, saludo a los padres de estos y a otro tío con ojos vidriosos, sumergido en sus pensamientos probablemente recordando otras épocas. Los padres le elogiaron el cambio en su aspecto, tenían siete años sin verse. Le dijeron que se veía excelente y preguntaron si le iba bien, (y ya saben que la traducción de "¿te va bien?" es "¿ganas buen dinero?") Warren respondió que sí, que todo marchaba sin complicaciones.

-Me da gusto, hijo- dijo el padre de los hermanos, Iván.

Su mujer se limitó a sonreírle a Warren y se giró hacia otro familiar. Tal vez para evitar conversación. A veces es mejor un silencio que preguntar trivialidades.

-Bueno, familia. No sé sus planes, pero tiene una infinidad que no estamos todos. ¿Por qué no vamos todos a mi casa? Nos relajamos,

tomamos algo y recordamos anécdotas. ¿Qué dicen?- dijo Hill.

Los familiares voltearon a verse.

-No creo, Ernesto. Mira la hora- dijo Iván.

-Sí, y tenemos que viajar de regreso a casa. Nos encantaría quedarnos, pero no nos gusta viajar tan de noche- intervino Luisa, la mujer de Iván.

-Tonterías, si de eso no hay problema. Hay espacio en mi casa para los de fuera. Quédense, pasamos una noche amena y se van por la mañana. Con confianza- insistió Ernesto.

-Por nosotros no hay problema, en serio. Sería bueno convivir entre nosotros, tiene tiempo que no lo hacemos. ¿Y qué le parece, tío? Carmen podría preparar sus famosos pays- dijo Jorge, el primo con aire de político.

-Mmm, se me hace agua la boca- Hill pasó en círculos su mano por el estómago.- Bien, iré a reunir gente. Jorge, Warren, Luis. Avísenle a la familia, quiero que estén todos ahí. Nos vemos en la entrada de la iglesia.

Dicho eso, dio media vuelta y camino a reclutar gente. Los padres de Luis y Jorge le echaron una mirada a este último.

-Jorge, ¿para qué dices eso? ahora tendremos que quedarnos- dijo Luisa, se pasó una mano por el cuello y miro al techo-. Y quien sabe hasta qué hora regresaremos. Tendremos que aguantar a quien sabe cuántos- suspiro.

-No hace falta, mama. Podemos decirle a Hill que no tenemos ánimos (que es la verdad). Y simplemente irnos. Él va a comprender, no tienes que armar un alboroto- dijo Luis.

Luisa intento hablarle lo más calmado posible, pero no pudo ocultar su ansiedad.

-Sí, hijo. Nos vamos y todo, ¿y después que van a decir los otros? Que que mamones somos, que por que nos fuimos de la reunión, que porque si era el funeral de Rosa Isela. ¿Quién los va a aguantar después? Mejor vamos y quedamos bien.

-Tiene razón, Luis. Siempre hay que cuidar la imagen- dijo Jorge, acomodándose la corbata-. Voy a avisarles a los demás. Nos vemos en un rato- hizo un ademán y se fue.

Luis se separó de su familia y se acercó a Warren, que llevaba rato

escuchando el monologo sin decir nada.

-A veces me caga la hipocresía de mi familia- dijo Luis, cuidando que nadie lo oyera-. ¿Tú quieres ir?

-No del todo, pero tiene rato que no veo a todos. No me vendría mal quedarme unas horas para variar. ¿Y tú?

-Qué raro en ti, tu siempre andas evadiendo a todos nosotros. Me da igual ir, pero si mis papas no quieren, que lo digan y ya- Hizo un gesto que denotaba enojo y angustia-. Y mi hermano de lameculos como siempre.

-Sí. Eso es lo que me caga de tu familia, sobre todo de tu hermano. No te estreses por eso- Warren le puso una mano en el hombro-. Casi todas las familias son así, si no es que todas. Pero ni que hacerle. Es un mundo de apariencias, y todos quieren la imagen.

Luis le dio la razón asintiendo con la cabeza, y se sentó en una banca. Los demás siguieron charlando entre sí. Warren aprovecho eso para escabullirse. Pasó cerca del altar, el cura seguía ahí recogiendo las cosas que utilizo para la misa. Tomo la biblia que había dejado en el pulpito y se agacho, paso así varios segundos. A Warren le llamo la atención, la madera no dejaba ver donde estaba el Padre. Cuando por fin se levantó, sostenía una botella de vino abierta en una mano y en la otra el libro sagrado. Tenía los labios rojizos y una gota se le escurría por la barbilla. Se paró recto y camino a una puerta al costado del altar mientras le daba descarados sorbos a la botella. Cuando desapareció, nuestro protagonista se dirigió a la entrada donde espero recargado en una pared a Hill y los demás. Se acercaron un par de familiares a saludarlo, le preguntaron cómo estaba y en que trabajaba, también le dijeron lo bien que se veía. Y luego, sin que él les preguntara, le contaban los logros que habían conseguido en la vida. Nadie te dice algo negativo cuando no lo ves por mucho tiempo. Ninguno converso mucho rato. Iban y venían.

El fresco de la temprana noche, la soledad, y la oscuridad que iba regalando el crepúsculo con constancia le antojaron un cigarro a Warren. Este, como acto-reflejo, palpo el bolsillo de sus pantalones, buscando una cajetilla. Sonrió al recordar que llevaba más de seis años sin fumar, le pareció gracioso que no lo recordara y que de haber traído un pitillo, se lo habría echado sin dudar. Dio un gran suspiro y noto como algunos grupos cercanos de gente ya hablaban sobre la reunión en casa de Ernesto, parecía que la mayoría iría. Más personas salían de la iglesia. Nunca se había percatado de lo numerosa que era su familia. Pasaron cinco minutos para que Hill llegara con Carmen y Luis, quien la ayudaba a andar. Más tarde llego Jorge acompañado de tres personas.

-Familia, ya se les dijo a todos- Hill se posó en el centro del círculo, tratando de ver a cada uno a los ojos-. Unos van a alcanzarnos en mi

casa, los demás pueden venirse conmigo o como gusten. Hay suficiente espacio en mi camioneta- miro a Warren-. ¿Te vienes conmigo?

-Sí.

-Perfecto. Los que se vengan conmigo espérenme en la esquina, traeré la camioneta.

Las personas que trajo Jorge (que eran una pareja que recorrían los finales de los setentas y el otro, que al parecer era su hijo, de unos cuarenta y tantos), Luis, que hizo lo posible por alejarse de sus padres, y Warren. Fueron a la esquina. El hijo se veía abatido y tenía la mirada triste, pero al parecer, no era por Rosa Isela. Hill llegó pitando por toda la calle con su gran Hummer amarilla. Se detuvo y quitó los seguros de las puertas, subieron.

Llegaron a casa de Ernesto casi una hora después, había gente fuera esperándolos. Impacientes. Hill bajó de la camioneta y corrió apresurado al mismo tiempo que se sacaba las llaves del pantalón, llegó a la puerta y la abrió. Se volvió a los demás.

-Perdonen todos, olvide avisarles. Tuvimos que pasar a comprar las cosas para poder hacer los pays- vio a la gente e hizo un ademán-. Pasen, pasen. Están en su casa.

Los familiares entraron, eran quince los que esperaban. Warren y Luis se quedaron sacando las compras de la Hummer. Jorge, que había llegado antes, corrió para asistir a Carmen a bajar del móvil y ayudarla en el camino a la casa. El hogar de Hill era enorme, cubría casi media manzana. La componían tres pisos, muchos cuartos, dos enormes jardines, una alberca y una cancha donde podrías jugar tanto fútbol como basquetbol, tenis y voleibol. Aunque esta última no se usaba desde que su hijo saliera del país para estudiar. La casa había descansado de fiestas adolescentes cada fin de semana. Luis y Warren dejaron las cosas en la barra de la cocina. La gente se acomodó en la espaciosa sala, unos fueron enseguida a apartar su lugar a algún sillón, y otros se paseaban por la habitación maravillándose por los cuadros y adornos.

-No recordaba la casa tan grande- dijo Luis, mientras sacaba un par de refrescos de una bolsa.

-Ni yo, creo que la agrando. Oye, ¿Qué pasa con el tipo que se vino con nosotros? Nunca había visto a alguien tan deprimente- dijo Warren, que metía limones al refrigerador.

-¿No sabes? Era el chisme de todos en la iglesia. ¿iCómo no te enteraste!?

-Ni siquiera lo conozco, ¿Por qué iba a preguntar por él?

-¡Todos lo hablaban! ¿Qué ni siquiera le pones atención a tu familia?- Luis respiró hondo-. En fin, lo que pasa es que su hijo, Antonio. Lleva desaparecido una semana. Se desvaneció, nadie sabe nada de él. Ni sus padres, amigos o novia. Sus vecinos tampoco saben nada, y no han visto movimiento en su departamento.

-¿Y su teléfono? ¿Nunca respondió?

-No, siempre dice que el número no está disponible. Desapareció.

-Vamos, las personas no pueden desaparecer por que sí. ¿Andaba metido en algo?

Luis rio.

-Era un gordo, se vestía de personajes de caricaturas para ir a las convenciones esas. Y se encerraba los fines de semana viendo anime.

-Pero tenía novia, ¿no? Eso no dice nada. Hay mucha gente enferma en el mundo.

-No lo creo de él. Lo conocí. Conviví con él un par de veces- miro a Warren con seriedad-. Todos sabemos que las personas no desaparecen, pero decimos eso para evitar imaginar lo peor. En especial con lo que ha estado pasando estos meses.

-¿Qué ha estado pasando?

-¿¡Que nunca sabes nada!? ¿No ves las noticias? ¡Hablo de los asesinatos, por Dios!

-No veo televisión.

Luis terminó con las bolsas y se pasó a la alacena a sacar vasos para la gente.

-Warren, deberías saber sobre ellos. En serio, la gente tiene miedo.

-¿Y creen que Antonio acabo así?- Warren se encogió de hombros-. Dime, ¿Cómo son los asesinatos, no saben quién los hace?

Las palabras estaban a punto de salir de la boca de Luis, pero la intrusión de tres mujeres y Carmen a la cocina dejó media palabra suspendida en el

aire.

-¡Chicos!- dijo una de ellas, con tono alegre-. Ya no se preocupen por las cosas, déjennos a nosotras. Tenemos que preparar los pays. ¿Por qué no van allá con los demás?

Carmen se adueñó de la zona de la estufa, las otras dos abrían las bolsas de harina y otras cosas que se habían comprado. Y la última, que fue la que hablo con los muchachos, sacaba limones, huevos y demás del refrigerador. Warren y Luis salieron de ahí, derrotados por la conquista de la cocina. Se unieron pronto con los demás. Warren tomo un banco y se sentó junto con el otro casi en el rincón de la sala junto a una planta.

-A todo esto, ¿Por qué no ves televisión?

-Reduce la creatividad.

La mayor parte de la familia estaba reunida en el cuarto. Reían, hablaban y en tiempos callaban. No paso mucho tiempo a que se formaran pequeños grupos de gente y la bebida (cortesía del basto mini bar de Hill) corriera. El calor de las personas se elevó cuando la música sonó. Era una combinación de canciones famosas desde los 60's hasta principios de los 90's, época donde el destino trataba bien a esa familia y los problemas no abundaban, o quizá el recuerdo de un rostro joven, un cuerpo con mejor destreza o un rostro sin arrugas provocaran aquella sensación. Las bromas subían de tono junto con las voces, la gente tomaba confianza.